

# EXCLUYENTES Y COMPRESIVOS. LA POLÍTICA UNIVERSITARIA DE RUIZ-GIMÉNEZ, 1951-1956

Marc Baldó Lacomba

## 1. El nuevo ministro

**E**l partido que se había instituido en España en 1937, Falange Española Tradicionalista y de las JONS o Movimiento Nacional, era, a la vez que único, heterogéneo. Lo conformaban las fuerzas que habían contribuido a la victoria franquista: falangistas, tradicionalistas, monárquicos y católicos, todos ellos con sus correspondientes subespecies. Pese a tan singular revoltijo, lo que les unía era el ejercicio del poder que practicaba el general de la *victoria*, Franco, árbitro de las diversas tendencias, a quien correspondía nombrar y cesar ministros y equilibrar influencias de unos y otros. El Ministerio de Educación siempre estuvo en manos de la derecha católica: la Iglesia tenía mucho que defender en el sector e hizo valer toda su influencia para controlar esta cartera<sup>1</sup>.

Joaquín Ruiz-Giménez y Cortés era un militante católico y del Movimiento. Rigió la educación entre julio de 1951 y febrero de 1956. Nació en Hoyo de Manzanares, provincia de Madrid; su padre era un monárquico liberal que había sido ministro de Alfonso XIII y alcalde de la capital. Estudió con los agustinos de El Escorial, fue alumno del Centro de Estudios Universitarios y se licenció en Derecho. Desde joven militó en las filas del apostolado seglar llegando a ser, en 1934, secretario de la Confederación de Estudiantes Católicos y miembro de la Asociación Católica Nacional de Propagandistas. Durante la guerra fue encarcelado por los republicanos, pero en 1937 logró pasarse a la zona franquista, donde sirvió como oficial a las órdenes del general Muñoz Grandes, consiguiendo dos condecoraciones. Como se ve, nuestro protagonista tenía méritos suficientes para prosperar en la política de la *Nueva España*.

Era un católico que colaboraba sin fisuras con la dictadura, confraternizaba con los falangistas, era partidario de la fusión de las organizaciones universitarias de los estudiantes católicos en el Sindicato Español Universitario (SEU), lo que fue visto con gran recelo por la jerarquía episcopal, que hizo cuanto pudo para mantener independientes sus organizaciones obreras y estudiantiles. También se oponía doctrinalmente al catolicismo de Maritain y lamentaba su influencia en América latina. Paralelamente a sus tareas de apostolado, hacía carrera universitaria: en 1944 ganó la cátedra de Filosofía del Derecho de la Universidad de Salamanca.

En cuanto a sus actividades políticas, Ruiz-Giménez fue concejal de Madrid al acabar la guerra. Pero lo más notorio para su medro político futuro fue su colaboración con Alberto Martín Artajo, letrado del Consejo de Estado y propagandista destacado que desempeñaba un papel importante en las organizaciones laicas de apostolado, asistiendo a congresos internacionales de estudiantes católicos (a los que le acompañaba Ruiz-Giménez). Como muchos activistas de la derecha católica española, el Martín Artajo de entonces (de quien a veces se ha dicho abusivamente que era un democristiano) era contrario a la democracia y partidario de un Estado corporativo aunque no fascista. Al acabar la guerra mundial, su posición política —partidaria de podar

<sup>1</sup> Sobre los aspectos que se tratan aquí, he publicado el capítulo "Las universidades durante la República y el régimen de Franco (1931-1975)", en Busqueta Riu, Joan y Pemán Gavín, Juan (eds.): *Les universitats de la Corona d'Aragó ahir i avui. Estudis històrics*, Barcelona, Pòrtic, 1992, págs. 563-602, y tengo en prensa el artículo "Intentos de reforma universitaria en España durante el Ministerio Ruiz-Giménez, 1951-1956" (UNAM, VIII Congreso Internacional sobre Historia de las Universidades Hispánicas).

las influencias totalitarias que había adquirido el Estado en los años anteriores— ganó enteros en el escenario de nuevos equilibrios que necesitaba la dictadura. Franco, además, valoraba de Martín Artajo sus conexiones con las organizaciones internacionales católicas de apostolado, y en 1945 lo nombró ministro de Exteriores, una importantísima cartera<sup>2</sup>.

Pues bien, tres años después de su designación, el ministro de Exteriores nombró a su colaborador Ruiz-Giménez embajador en el Vaticano, una importante sede diplomática en aquellos años de aislamiento, de donde nuestro hombre pasó al Ministerio de Educación en 1951, a propuesta, precisamente, de su mentor, tras fallar Castiella—otro colaborador de la órbita de Artajo—. Añadamos que, entonces, la influencia del ministro de Exteriores estaba en su cenit, lo que se debía a la eficacia de su gestión y a la misma guerra fría: la dictadura, de estar condenada *moralmente* por las potencias democráticas en 1945, había pasado a ser “tolerada” en 1951.

Cuando Ruiz-Giménez todavía era embajador en el Vaticano y en los pasillos del Pardo se cocía el gobierno de 1951, nuestro hombre se carteaba con su ministro y le explicaba los criterios políticos que, en su opinión, debía tener el nuevo gabinete. Consideraba que se debía “diluir” el peso político del partido único, reformar el fisco y la economía con criterios liberales y homologables a los países del entorno aprovechando la ayuda americana, y “dar al exterior cierta sensación de marcha hacia la normalidad jurídica”, lo que pasaba por “abrir algunos moderados y prudentes cauces legales al diálogo y al razonamiento”<sup>3</sup>. Como se ve, sus ideas políticas entre 1939 y 1951 habían mudado mucho. Quedaba lejos, por ejemplo, su viaje a la Francia de Vichy de 1942 como representante de organizaciones católicas de estudiantes para convencer a los grupos estudiantiles católicos franceses sobre la idoneidad de integrarse en un sindicato unitario y oficial, al modo del SEU. Ahora sugería a su ministro que había que disolver el partido único y hablaba de diálogo. Por supuesto, Martín Artajo, más prudente que el embajador, no trasladó al dictador las propuestas de su amigo. Tampoco Franco formó el gobierno según los deseos de Ruiz-Giménez, sino según los suyos, manteniendo los equilibrios entre *familias* de la dictadura.

A Franco, la única cosa que le desconcertaba de la propuesta para su nombramiento era la oposición de ciertos sectores de la Falange y del SEU. En la entrevista que el dictador le concedió al nuevo ministro, le sugirió que en su equipo contase con falangistas, como hizo<sup>4</sup>. En efecto, lo formó con personas que procedían de un pequeño grupo de intelectuales falangistas que en su día se aglutinaron en la revista *Escorial*. Hombres que, en sus mocedades, soñaron con establecer un Estado totalitario de corte fascista, aunque español. Pero, con el paso del tiempo y las circunstancias de la vida, aquellas fiebres se habían curado y, diez años después, estos *joseantonianos* andaban de *permisivos*. Era el caso de Pedro Laín Entralgo y Antonio Tovar, que fueron nombrados rectores de las emblemáticas universidades de Madrid y Salamanca, respectivamente. A estos nombres, Ruiz-Giménez añadió un católico de su onda, José María Sánchez de Muniain, Director General de Enseñanza Media hasta 1954, en cuyo cargo fue sustituido por el también falangista Torcuato Fernández Miranda, rector de Oviedo hasta entonces. En fin, Joaquín Pérez Villanueva, catedrático de Historia, fue nombrado Director General de Enseñanza Superior. Este profesor, propagandista destacado en su juventud, en los años treinta había abrazado el credo de la Falange, en los cuarenta había sido gobernador civil de diversas provincias y en 1951 pasaba a la Dirección General, lo que le permitía aunar la “vocación” universitaria y la política, según expresaba la pomposa retórica de los falangistas<sup>5</sup>. En cualquier caso, Ruiz-Giménez no incluyó en su equipo a católicos integristas, y fue precisamente este sector—luego se sumaron sectores duros de Falange— quien le planteó batalla ideológica y política desde el primer instante, hasta que consiguieron, en el vendaval político de 1956, que fuese desposeído del Ministerio.

<sup>2</sup> Para la biografía y trayectoria de Martín Artajo, el mejor trabajo es Tusell, Javier: *Franco y los católicos. La política interior española entre 1944 y 1957*, Madrid, Alianza, 1984 (especialmente págs. 42-45, donde dibuja su perfil). También, Tusell, Javier: *Historia de la democracia cristiana en España*, Madrid, Sarpe, 1986 y “El comienzo del colaboracionismo católico con el franquismo”, en Ruiz-Giménez, Joaquín (y otros): *Iglesia, Estado y Sociedad en España. 1930-1982*, Madrid, Argos-Vergara, 1984, págs. 185-215. Sobre Martín Artajo se dan abundantes referencias en Hermet, Guy: *Los católicos en la España franquista*, Madrid, CIS/Siglo XXI, 1985-86. Un resumen en Equipo Mundo: *Los 90 ministros de Franco*, 3ª ed., Barcelona, Dopesa, 1971, págs. 154-158.

<sup>3</sup> La carta de Ruiz-Giménez a Martín Artajo es del 17 de mayo de 1951, y la recoge y comenta Javier Tusell (*Franco y los católicos*, op. cit., págs., 222-224).

<sup>4</sup> Esta entrevista en *Ibidem*, págs. 297-299.

<sup>5</sup> “Declaraciones de Joaquín Pérez Villanueva”. *Alcalá*, núm. 27, febrero de 1953.

Las competencias del Ministerio de Educación, cuando lo ocupó Ruiz-Giménez, fueron recortadas. Franco creó entonces el Ministerio de Información y Turismo pasándole negociados de política informativa y cultural que desde hacía años estaban en Educación. Nombró a un católico integrista, Arias Salgado, cuya política informativa, según decía él mismo, se inspiraba en santo Tomás. José María Pemán llegó a decir de este ministro que llevaba “una contabilidad exacta” de los que se salvaban en España gracias a sus métodos de censura, con lo que “nuestras exportaciones al Paraíso superan cada mes las cifras del anterior”<sup>6</sup>. Pues bien, este Ministerio se convirtió en centro de operaciones contra la política *permissiva* de Ruiz-Giménez. La Dirección General de Información —antes Propaganda— la ocupó Florentino Pérez Embid, un miembro del Opus Dei del grupo de Calvo Serer que, junto a éste, destacó en denunciar impetuosamente la política tolerante de Ruiz-Giménez. Además, para mayores recortes, el nuevo ministro de Educación perdió el control del Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC), que siguió bajo la presidencia del anterior ministro, Ibáñez Martín, mientras la Secretaría General continuaba en manos de José María Albareda, con lo que el Opus lo siguió controlando. Un Ruiz-Giménez “implorante” ante Franco, según Laín, no logró rectificar esta decisión<sup>7</sup>.

## 2. Comprensivos y excluyentes

Ruiz-Giménez y sus colaboradores no pretendían, como a veces se ha supuesto, minar el régimen franquista. Más bien su propósito era reforzarlo, aunque adaptándolo a las nuevas circunstancias y activando una política educativa más abierta que revisaba la de la etapa anterior, lo que suscitó un debate intelectual y político —por supuesto dentro de los selectos ámbitos del régimen— entre intransigentes y revisionistas. Interesa atender a este debate.

En abril de 1952, el falangista Dionisio Ridruejo publicó un artículo titulado precisamente “Excluyentes y comprensivos”<sup>8</sup>. Sostenía que muchos de los que lucharon en la Guerra Civil, y desde luego la Falange más idealista, no lo habían hecho para excluir sino para “convertir, convencer, integrar”. A toro pasado se pueden decir muchas cosas. En cualquier caso, el Ridruejo de 1952 se situaba en las antípodas de aquellos a los que llamó “excluyentes”, que eran los herederos de Acción Española y que actuaron en el Ministerio en la etapa anterior.

Ciertamente, cuando Ridruejo publicó estas opiniones, el debate ideológico entre *excluyentes* y *comprensivos* no era nuevo. Se remontaba a la misma época de la Guerra Civil. Ya entonces se podían definir, dentro del franquismo, dos grupos que interpretaban la realidad y la historia de España de modo diferente. Por un lado, se hallaban católicos tradicionalistas que bebían en Menéndez Pelayo e interpretaban la historia de España y la acción política que derivaba de esta reflexión de un modo distinto a otro grupo formado por falangistas radicales que soñaron, al arrullo de las aguas del río Arlanzón, con construir una *Nueva España*. Ridruejo era el jefe de filas de estos intelectuales falangistas, pero también se hallaban en el grupo Laín o Tovar.

Los católicos reaccionarios, esencialmente, entendían que la historia de España había empezado a perder sus rutas católicas e imperiales al filo de 1648, con la paz de Westfalia que puso fin a la hegemonía europea del glorioso y católico imperio español. Desde entonces, las influencias extranjeras comenzaron a quebrar la unidad espiritual de la patria, y pervirtieron la cultura española, contaminándola con influencias *extranjerizantes* que empezaron a ser notorias en el siglo XVIII con la Ilustración y se intensificaron en el XIX y primer tercio del XX con el liberalismo, el krausismo, la democracia, el socialismo... hasta el punto de que se produjo la *desnacionalización* de España, según decía el profesor de historia del derecho García-Gallo<sup>9</sup>. Para estos intérpretes, la II República era el paradigma de las miserias de la historia de España.

<sup>6</sup> Pemán, José María: *Mis almuerzos con gente importante*, Barcelona, Dopesa, 1971, págs. 265-271.

<sup>7</sup> Laín Entralgo, Pedro: *Descargo de conciencia (1930-1960)*, Barcelona, Barral, 1976, pág. 386.

<sup>8</sup> Ridruejo, Dionisio: “Excluyentes y comprensivos”, *Revista*, núm. 1, abril de 1952.

<sup>9</sup> García-Gallo, Alfonso: *Manual de historia del derecho español: El origen y la evolución del derecho*, vol. 1, Madrid, 1964, 2ª edición revisada, págs. 111-130 (la 1ª edición es de 1959-62).

Pero —y seguimos con ellos— en medio de esa “España bastarda, afrancesada y europeizante de los liberales” (según la denominó Franco), hubo un hilo de españoles auténticos que se mantuvieron fieles a las esencias del espíritu de la nación<sup>10</sup>. Formaban parte de la España “ideal” los *serviles*, los carlistas, los neocatólicos, los tradicionalistas, la dictadura del “ínclito” general Primo de Rivera y, en los años republicanos, se añadieron los grupos fascistas (JONS, Falange Española) y de derecha católica (Acción Española, Renovación Española) y los elementos “más sanos” de la CEDA. En 1936 todos estos “idealistas” se sublevaron contra la desespañolización y, con su Alzamiento y victoria militar —cuajada en sangre de auténticos españoles—, recuperaban las rutas católicas e imperiales de la época de los Reyes Católicos y los grandes príncipes de la Casa de Austria —Carlos I y Felipe II— que nunca debieron abandonarse. A las tradiciones del *auténtico ser de España* que se revivían desde 1939, claro está, se añadían novedades políticas, ideológicas y culturales, pues entre la batalla de Rocroy y la batalla del Ebro había llovido mucho... Pero, por fin, España, la auténtica España, recuperaba bajo el caudillaje de Franco *su destino*<sup>11</sup>.

La interpretación de los falangistas radicales de Burgos, a los que *les dolía España* y anhelaban devolverla a su sitio en el mundo, era diferente. De entrada, no bebían sólo —que también— en Menéndez Pelayo. Filósofos como Ortega y Gasset y Unamuno, por ejemplo, eran lecturas frecuentadas. Estos intelectuales consideraban ridículo que las esencias del *ser de patria* fuesen las que la nación acrisoló desde don Pelayo a Felipe IV, y que desde entonces la esencia de la nación no había hecho otra cosa que contaminarse por la influencia extranjera, racionalista, materialista, liberal, anticatólica. Tampoco compartían que personajes como Jovellanos, Larra, Narváez, Canovas, Galdós, Ramón y Cajal, Unamuno, Azorín u Ortega no fuesen tan españolísimos como Isabel la Católica. El “enigma” de España para estos intelectuales era otro, y se dedicaron a explorarlo centrando sus trabajos especialmente en el siglo XIX, como hizo Laín, dado que éste era el siglo de “mayor contaminación” de extranjerismos en el alma de España<sup>12</sup>.

¿Y qué hallaron en estas pesquisas? Pues que, desde la Ilustración, se gestaron dos Españas. La una, la tradicional, sabía ser muy castiza, muy española, pero no sabía adaptarse —no lo supo nunca desde los años de Westfalia— a la modernidad. Frente a esta España de “cejijuntos”, “toscos” y “mazorrales” tradicionalistas, se levantó otra España: la de los ilustrados, liberales y demócratas, que sabían adaptarse como nadie a la modernidad, a la europeización, a los nuevos rumbos del mundo. Pero éstos no sabían ser tan españoles como los “cejijuntos”<sup>13</sup>.

¡Menudo problema! Los españoles que sabían ser españolísimos, se anclaban en las viejas jácaras y en las viejas danzas y dejaban de lado la modernidad y el cambio. Y los españoles —del poeta Quintana al filósofo Ortega— que sabían ser modernos, que captaban los rumbos del mundo y se disponían a asumirlos, no sabían ser auténticamente españoles: unas veces “copiaban” constituciones liberales; otras imitaban sin disimulo instituciones extranjeras y al establecerlas no tenían en cuenta el fondo auténtico del *alma de España*; con frecuencia soñaban con europeizar el país sacándolo de sus reductos tibetanos, pero en esta operación hollaban las esencias de la nación. Además, los europeizadores, aunque eran capaces de introducir novedades técnicas, científicas y materiales, eran incapaces de plantear proyectos nacionales que ilusionaran a todos, a la nación entera...

Por supuesto, los falangistas del grupo de Riduejo, Laín o Tovar, con las alforjas repletas con esta explicación, sí que se consideraban capaces de fundir *en un haz* a las dos Españas. Enseñarían a ser españolísimos a los europeizantes, y enseñarían las ventajas de la modernidad a los castizos tradicionalistas. Y para desarrollar este programa, nada mejor que un Ministerio, el de Educación no estaba mal.

Franco, Francisco: “Discurso de unificación de FET y de las JONS” (1937), *Bases de la revolución nacional*, Barcelona, Núñez, 1939, pág. 70.

Una visión de conjunto de esta interpretación puede verse en *Historia de España. Estudios publicados en la revista Arbor*, Madrid, CSIC, 1953, donde se reeditan artículos de diversos profesores publicados en dicha revista los años interiores. Si se busca una visión sintética, creo que el trabajo más recomendable es el de Palacio Atard, Vicente: *Derrota, agotamiento y decadencia en la España del siglo XVII (Un punto de enfoque para su interpretación)*, Madrid, Espasa, 1949. Sobre “La historiografía franquista”, tengo en prensa un trabajo México, Instituto Mora).

Las investigaciones y ensayos de Laín fueron reunidos en un trabajo titulado *España como problema* (2ª ed., Madrid, Aguilar, 1957), donde se incluye el ensayo de igual título que publicó en 1949 (págs. 636-681). Además de este trabajo se reúnen los que dedicó a Menéndez Pelayo, la polémica de la ciencia española, Ramón y Cajal, la generación del 98, Ortega y Gasset, etc.

Laín Entralgo, Pedro: *La generación del 98*, op. cit., pág. 114. Los adjetivos *escalficativos* de los tradicionalistas están en el propio libro de Laín, pág. 5 (uso esta edición, más manejable de la que incluye en citada la nota anterior).

¿Cómo iban a fundir en un haz a las dos Españas? Pues muy sencillo: la ideología fascista venía en su ayudaba. No hay que olvidar que el fascismo tiene como uno de sus objetivos *destruir al contrario y asumir de él lo que convenga*<sup>14</sup>. Es decir, depurar, por ejemplo, de Unamuno o de Ortega y Gasset cuanto haya que depurar, pero integrar de ambos filósofos cuanto haya de “valioso”. Las “manipulaciones” que hicieron estos falangistas de ciertos escritores (Antonio Machado) son célebres, aún considerando que “manipular” a algunos de los que analizaban —pienso en Unamuno— no era tarea muy difícil.

Lógicamente a los tradicionalistas “mazorrales”, como los llamaba Laín, no les hacía ninguna falta “manipular” nada del pensamiento liberal y europeizante. Ellos ya tenían un *hilo de agua* en los pensadores tradicionalistas (Jaime Balmes, Juan Donoso Cortés, Juan Manuel Ortí y Lara, Ceferino González, Alejandro Pidal), hilo que se convertía en *caudal* (Marcelino Menéndez Pelayo, Juan Vázquez de Mella, Ramiro de Maeztu) y se desbordaba desde la *victoria* (Rafael Calvo Serer, Florentino Pérez Embid, Vicente Palacio Atard...)

Así las cosas, cuando en 1949 Laín Entralgo publicó el libro *España como problema*, Calvo Serer le contestó inmediatamente el mismo año con otro titulado *España, sin problema*<sup>15</sup>. Ambos bandos, pertrechados de revistas y con conspicuos intelectuales a su frente, culminaron sus disputas cuando Joaquín Ruiz-Giménez fue nombrado ministro. Entre *comprensivos* y *excluyentes* había, nunca debe olvidarse, diferencias de matiz que no alteraban los principios políticos del régimen, pero comportaban dos maneras de percibir el pasado y la acción política con efectos prácticos. Les unía, desde luego, la fidelidad a Franco y el rechazo de la democracia, pero les separaba una estrategia distinta para acrecentar los frutos de la *victoria*.

La polémica no tenía más trascendencia. Era la disputa de un puñado de intelectuales del régimen que debatían cuestiones vaporosas sobre la esencia de España, en un país —final de los cuarenta y principios de los cincuenta— con hambre, salarios de miseria, feroz censura, cárceles bien surtidas de opositores, exilio y de cuando en cuando la ejecución de algún *rojo*... En ese contexto, el que intelectuales falangistas tuviesen una actitud mental “comprensiva” (*absorbente* de hecho, ya lo hemos dicho), e intelectuales católicos una actitud mental “excluyente” de todo lo que no fuese el hilo cada vez más caudaloso del pensamiento tradicionalista, era poco relevante para el común de los ciudadanos. El que unos y otros disputasen sobre el *ser de España* captado desde la ortodoxia reaccionaria o desde una óptica integradora, no tenía mucha entidad para la vida del ciudadano común, aunque resultase relevante en las cumbres del poder<sup>16</sup>.

El cambio ministerial de 1951 dio un mayor alcance político a estas disputas de salón. El nuevo ministro se proponía “abrir cauces”, lo que irritó a la línea apostólica de los Calvo Serer. Mas no hay que ser ingenuos. A la sombra del debate se litigaban cosas más concretas que la *esencia* de España: “una lucha de clientelas sólo aparentemente encubierta por un aparato ideológico”, ha escrito Tusell<sup>17</sup>.

Los *comprensivos* promovían una apertura cultural, aunque sin renunciar a los fundamentos del “18 de julio”. Pretendían ampliar la influencia ideológica oficial integrando aspectos de otras aportaciones. Por ejemplo, consideraban que Ortega y Gasset era “maestro” de todos y, además, un valor de la cultura española. Lo mismo pasaba con la llamada generación del 98, con Unamuno, con los poetas de la generación de la República, llamada del 27. Se trataba de “romper fronteras interiores y abrir la mente y el corazón de nuestros universitarios hacia lo universal”, decía el ministro<sup>18</sup>. O más claro: “si en algo nos hemos esforzado en estos últimos meses ha sido en demostrar que en la universidad española no puede prescindirse de ningún valor y que no renunciamos al legado que representa Menéndez Pelayo, pero tampoco renunciamos a lo valioso y auténtico que hay en el pensamiento de Miguel de Unamuno y José

<sup>14</sup> Juliá, Santos: *Historia de las dos Españas*, Madrid, Taurus, 2004, pág. 348.

<sup>15</sup> Laín Entralgo, Pedro: *España como problema*, Madrid, Seminario de Estudios Hispanoamericanos, 1949; Rafael Calvo Serer, *España, sin problema*, Madrid, Rialp, 1949.

<sup>16</sup> Sobre “excluyentes” y “comprensivos”, véase Ferrary, Álvaro: *El franquismo: minorías políticas y conflictos ideológicos (1936-1956)*, Pamplona, Eunsa, 1993, págs. 313-387; Tusell, Javier: *Franco y los católicos*, op. cit. págs. 308-336; Varela, Javier: *La novela de España. Los intelectuales y el problema español*, Madrid, Taurus, 1999, págs. 344-363; Morán, Gregorio: *El maestro en el erial. Ortega y Gasset y la cultura del franquismo*, Barcelona, Tusquets, 1998, págs. 242-258 y 373-482; Ruiz Carnicer, Miguel Ángel: *El Sindicato Español Universitario (SEU), 1939-1965*, Madrid, Siglo XXI, 1996, págs. 277-295; Gómez Pérez, Rafael: *El franquismo y la Iglesia*, Madrid, Rialp, 1986, págs. 31-42; Díaz, Elías: *Notas para una historia del pensamiento español actual (1939-1973)*, Madrid, Edicusa, 1974, págs. 69-79.

<sup>17</sup> Tusell, Javier: *Franco y los católicos*, op. cit., pág. 314.

<sup>18</sup> Ruiz-Giménez, Joaquín: “Entre el dolor y la esperanza”, *Alcalá*, núms. 23-24, enero de 1953 y *Revista de Educación*, núm. 6, enero de 1953, pág. 6.

Ortega y Gasset”<sup>19</sup>. Se trataba, en definitiva, de la propuesta integradora que Laín y Ridruejo venían articulando desde unos años antes. Advertimos, en fin, que al ministro de Educación lo acompañó defendiendo esta posición el Ministro Secretario General del Movimiento, Fernández Cuesta, que también hacía discursos y declaraciones sobre la “tolerancia e integración”<sup>20</sup>.

Sea como fuere, en los años cincuenta, los *comprehensivos* procuraban recomponer el tejido social y atraer a las nuevas generaciones; además les preocupaba el alejamiento de los universitarios, cada vez más preocupados por los problemas de su tiempo que por la retórica vacua de la dictadura y, en fin, se disponían a superar la “cerrilidad” intelectual —por usar la palabra de Laín— de los intransigentes de la órbita del Opus Dei. Por otro lado, estos hombres *permisivos* seguían bebiendo de la doctrina política de José Antonio y mitificando la supuesta aportación del fundador de la Falange a la cultura, a la política y, sobre todo, a la convivencia nacional. Ni siquiera el católico moderado Ruiz-Giménez renunció a la retórica *azul*, que compaginaba con la cristiana, ni cuando era ministro, ni durante algunos años después. En 1961 hablaba de “Universidad y pueblo en José Antonio”. Al margen del ímprobo esfuerzo que comportaba espigar en las obras del *Fundador* alguna aportación de enjundia sobre la universidad, lo que hizo Ruiz-Giménez fue abundar en los tópicos al uso de la *poesía falangista*. Así pues, parafraseando al mito, decía que la universidad era “levadura de una Patria mejor”, donde la concordia estaba por encima de las luchas de los estudiantes, a quienes les correspondía hacer juntos “una España verdadera”. En la universidad, la “unidad” debía ser remedio “contra los males de la disgregación”, y en ella la “suavidad de diálogo” y la “síntesis armoniosa” debían colocarse por encima de “las pugnas entre las tierras, entre las clases, entre los partidos”<sup>21</sup>.

Ruiz-Giménez, como vemos, también participó en la polémica. Cuando su gestión estaba siendo retada por el Opus, los obispos y las órdenes religiosas, definió a sus rivales. En lo que es, posiblemente, el mejor de sus artículos sobre el particular, decía que en la cultura española había *tres complejos de inferioridad*: “el miedo a la concurrencia, el miedo al error y a la crítica y el miedo a la libertad”. El primero comportaba cerrarse al mundo moderno, era como un “instinto de conservación” que tenían ciertos “poseedores excluyentes de islas conquistadas”, donde “el demonio del egoísmo” sembraba “cizaña”. El miedo a la crítica “encanija la inquietud intelectual de nuestras gentes y frena la exteriorización de trabajos valiosos”. En fin, el miedo a la libertad —la libertad de Ruiz-Giménez era la “paulina”, no la política “o de disgregación”— coartaba la cultura y “la suprema y total expansión de los valores eternos que lleva en lo más hondo de su ser, irrenunciablemente, cada hombre”. Todo ello se presentaba adornado con citas evangélicas, citas de Franco y citas del Papa. Frente a estos tres miedos se exigía a sí mismo, a sus colaboradores y a las *familias* políticas que lo apoyaban “espíritu de fortaleza”<sup>22</sup>.

Los *excluyentes*, por el contrario, se disponían a conservar y administrar la *victoria* desde la exaltación católica integrista. A diferencia de los anteriores, tenían prevenciones contra los intelectuales a los que veían, con frecuencia, como auténticos heterodoxos. Se oponían a la apertura cultural, no concebían más integración que la estricta conversión y echaban mano del pensamiento español más reaccionario —que no era poco—. Con estas muletas, consideraban que los colaboradores de Ruiz-Giménez y el propio ministro eran corruptores de la juventud. Un panfleto anónimo, aunque atribuido por Tusell a Pérez Embid, decía en 1953: “Sólo Ortega y Unamuno, tenaz e inteligentemente difundidos, bastan para minar la remota e infantil formación religiosa y para destruir la llamada formación del espíritu nacional, pervirtiendo así los esquemas mentales y cordiales del estudiante”<sup>23</sup>. Integrar a Unamuno, Antonio Machado, Ortega... les parecía una perversión, “un Yalta de la cultura” española, diría Gonzalo Fernández de la Mora en *ABC*, quien años después predicaría *El crepúsculo*

claraciones a *Arriba*, 6 de marzo de 1953, citado por Tusell, Javier: *Franco y los católicos*, op. cit., pág. 325.

véase la editorial de *Alcalá*, núm. 10, junio de 1952.

Ruiz-Giménez, Joaquín: *Del ser de España*, Madrid, Aguilar, 1963, págs. 251-2.

Ruiz-Giménez, Joaquín: “Entre el dolor y la esperanza”, op. cit., págs. 1-6.

véase este folleto, Tusell, Javier: *Franco y los católicos*, op. cit., págs. 334-335.

de las ideologías. El Opus Dei, la cúpula del CSIC, la del Ministerio de Información y Turismo de Arias Salgado, muchos obispos y un rancio sector de la Falange fueron los activos soldados de esta remozada santa intransigencia, que veía a Unamuno como “hereje máximo y maestro de herejías”.

En estos *cruzados* había pocos matices. Calvo Serer era entonces —luego mudó— un intransigente martillo de herejes. En 1952 publicaba el segundo libro dedicado a la polémica, y en él teorizaba sobre la restauración de las esencias de España. Nos mostraba, por ejemplo, a los enemigos intelectuales de Marcelino Menéndez Pelayo como enemigos de España. Los rivales del polígrafo santanderino eran los krausistas, los progresistas, los institucionistas y los europeizadores, que “dirigen —dice— la cultura española y orientan el sentido de nuestra vida intelectual por cauces extranjerizantes”<sup>24</sup>. El ataque a los colaboradores de Ruiz-Giménez era, a veces, directo: “El Movimiento Nacional —decía— aparece con una fuerte dosis de restauración, tomada del catolicismo social, del tradicionalismo político y del catolicismo intelectual; y lo revolucionario que hay en él proviene de la patriótica ambición de integrar a los heterodoxos del 98 y a los germanizantes”<sup>25</sup>. Pero más contundente fue el ataque al ministro que lanzó en 1953, cuando Calvo Serer le presentó a Franco un escrito donde denunciaba las perversiones y heterodoxias del ministro *democristiano* y de paso —hay que aprovechar las oportunidades— le proponía al Caudillo un “equipo” alternativo: él mismo, Pérez Embid, Fernández de la Mora, López Rodó... En este sentido, en septiembre de ese año, publicó un artículo en la revista francesa *Ecrits de Paris* para evitarse problemas de censura (y luego en *Rheinischer Merkur* de Colonia), donde hacía una curiosa interpretación de la historia del régimen<sup>26</sup>.

Pérez Embid, en la primavera de 1956, cuando Ruiz-Giménez acababa de ser destituido como ministro, dio a la imprenta un libro de recopilación de artículos que había publicado entre 1954 y el año de la edición, donde dedicaba amplio espacio a la universidad. Sostenía que, aunque la guerra había terminado hace tiempo —algunos creían que seguía...— y una nueva generación con otras inquietudes entraba en la escena, era menester mantenerla a raya y tener una “actitud de vigilancia, de guardia montada” y, por tanto, era contrario a la permisividad que promovían los “hombres-puente”. Consideraba don Florentino que en España actuaban dos corrientes intelectuales: la “gran tradición católica” y la “pequeña tradición discrepante, nacida de fuentes heterodoxas”. La primera representaba “el gran río de la unidad espiritual”, mientras que la segunda sólo ha aportado “destellos” al acervo nacional. Pérez Embid, a diferencia de Calvo Serer, no rechazaba los “destellos” y los quería integrar, pero de manera “selectiva”: “Combinar en el plano de paridad mezclándolos sin advertencia, enseñándolos sin jerarquía, el pensamiento de Santo Tomás y el de Ortega, la teología del P. Arintero y la poesía de Machado, San Agustín y Unamuno, Menéndez y Pelayo y Cajal, no sería en modo alguno construir una España ideal, sino amontonar una España ininteligible... El resultado en los alumnos sería indefectiblemente la confusión. Malos maestros, por tanto quienes por esa ruta trajeran a la vida universitaria, a la cultura española el confusio-nismo”<sup>27</sup>. El opusdeísta, no es menester advertirlo, estaba en contra de los “mansos y conciliadores”, a los que consideraba “colaboradores bobos” del enemigo. Y remataba sus argumentos parafraseando a Menéndez Pelayo y recordando, como el polígrafo, que en España seguía ardiendo la lid “entre Cristo y las potestades del infierno”.

### 3. Reforma en la universidad

Los proyectos y reformas de Ruiz-Giménez abarcaron todo el sistema educativo. En enseñanza primaria se rectificó la maltrecha situación en que Ibáñez Martín la había dejado, potenciando la creación de escuelas públicas; en formación profesional se

<sup>24</sup> Calvo Serer, Rafael: *Teoría de la Restauración*, Madrid, Rialp, 1952, pág. 176.

<sup>25</sup> *Ibidem*, pág. 38.

<sup>26</sup> El artículo de *Ecrits* se titulaba “La política interior de la España de Franco”, el de *Rheinischer Merkur*, “Quince años de Franco”, y era el anterior con algunos retoques. Una tercera versión —que es la que yo he visto— con algún añadido para los años 53-56, se recoge en Calvo Serer, Rafael: *Franco frente al Rey. El proceso del régimen*, París, Ruedo Ibérico, 1972, y aquí se titula “La política española desde 1939 a 1956” (págs. 10-14), que forma parte de un capítulo donde añade otro trabajo y denomina “Falangistas, demócratas y tecnócratas” (págs. 9-17). Álvaro Ferrary ha comprobado la versión original y la que se reproduce en *Franco frente al Rey...* y ha observado la similitud. Además, este autor comenta con amplitud este conflicto en su libro *El franquismo: minorías políticas*, op. cit., págs. 357-365.

<sup>27</sup> Pérez Embid, Florentino: *En la brecha*, Madrid, Rialp, 1956, págs. 67-68.

procuró atender a “la progresiva industrialización del país”. La Ley de Enseñanza Media de 1953 dividía el bachillerato en elemental —cuatro cursos— y superior —dos más— y añadía un curso preuniversitario; su principal novedad era el grado elemental, que contribuyó a difundir la enseñanza secundaria hasta los 14 años, popularizando un título que empezó a exigirse para empleos diversos<sup>28</sup>. La Ley de Enseñanza Media, por otro lado, abrió la caja de los truenos. Aunque el proyecto no rectificaba la situación de favor que gozaba la Iglesia en el sector, introducía la inspección del Estado en los colegios religiosos y privados, “una inspección objetiva, imparcial, seria y moderna”<sup>29</sup> sobre cuestiones como las condiciones higiénicas, los sistemas pedagógicos o la cualificación profesional de los docentes. La inspección, precisamente, suscitó una oposición airada de la Iglesia: “*se nos birla la poca libertad que se nos ha dado*”, dijo el padre Guerrero<sup>30</sup>. En la protesta intervinieron órdenes religiosas, obispos y hasta el Vaticano. Fue menester negociar y se llegó a una norma “de transigencia”<sup>31</sup>.

Por cuanto se refiere a la universidad, las reformas se iniciaron en septiembre de 1951, modificándose la composición de los tribunales a cátedras<sup>32</sup>. Hasta entonces el Ministerio designaba a los cinco miembros, y con la reforma pasó a nombrar dos —el presidente y un vocal— y los otros se designaban siguiendo el turno del escalafón de la asignatura<sup>33</sup>. No era, por supuesto, ninguna revolución: nombrar dos de cinco, entre ellos el presidente, no es renunciar precisamente a la influencia. Pero era un cambio respecto a la arbitrariedad ministerial de Ibáñez Martín. Los *excluyentes*, armaron mucho revuelo ante este decreto, por cuanto entendieron que se reconducía la política de cooptación de catedráticos que desde 1939 —como dijo Dionisio Ridruejo— “ancilaba” la vida intelectual de la universidad a la ortodoxia católica<sup>34</sup>. No era para tanto. Bien se sabe que este decreto, caído Ruiz-Giménez, permitió al Opus Dei “ligar tríos”: dos miembros nombrados por un ministro afín al Opus más un tercero del turno de esta misma orientación “ligaban un trío” que producía un nuevo catedrático del Opus<sup>35</sup>.

Sin embargo, los conflictos que planteó el proyecto de enseñanza media bloquearon al Ministerio hasta 1953, y sólo después de solventarse la Ley de Secundaria se reanudaron las reformas universitarias. Para llevarlas a cabo, el ministro se sirvió de una iniciativa insólita: la convocatoria de dos reuniones supuestamente representativas, una de estudiantes organizada por el SEU y celebrada en abril de 1953, y otra de profesores preparada por el Ministerio y celebrada en julio de ese año. La “feliz iniciativa”, según la calificó Laín, permitió que profesores de toda España discutiesen “libremente los problemas de su oficio”<sup>36</sup>. La verdad es que la libertad fue menor de lo que sugería el rector. Como espetó ABC, “el ideal hubiera sido conceder voto a la totalidad del profesorado”. Pero eso no se hizo, con lo que la asamblea tuvo un carácter “más selectivo que representativo”<sup>37</sup>. La asamblea de profesores, al margen de diagnosticar problemas y sugerir remedios, contrarrestó posibles campañas y arropó las reformas que se fueron desgranando desde ese verano hasta el final del mandato: planes de estudio, descentralización del doctorado y algunos retoques en la política de personal.

Sea como fuere, se reformaron los *planes de estudio* de las licenciaturas en agosto de 1953, permitiendo que las juntas de catedráticos de cada facultad pudiesen introducir cierta flexibilidad, es decir, “matizar su propio trabajo”, proponiendo asignaturas propias sin perjuicio de las básicas; el grado de licenciado también se modificó, permitiéndose un trabajo bajo la dirección de un profesor, la tesis de licenciatura, alternativo a examen de grado convencional que, por lo demás, se mantuvo<sup>38</sup>. Más importante fue la *descentralización del doctorado*, reivindicada desde hacía muchos años. Con el apoyo de la asamblea de profesores, en 1953 y 1954 se permitió que todas las universidades pudiesen impartirlo<sup>39</sup>. La importancia y los efectos de esta decisión aún no han sido ponderados, pero podemos afirmar que transformaron, en pocos

<sup>28</sup> Puellas Benítez, Manuel de: *Educación e ideología en la España contemporánea (1767-1975)*, Barcelona, Labor, 1980, págs. 387-395; Colom, Antoni, J. y Domínguez, Emilia: *Introducción a la política de educación*, Barcelona, Ariel, 1997, págs. 50-51.

<sup>29</sup> Ruiz-Giménez, Joaquín: “Perspectivas escolares para el año nuevo”, *Revista de Educación*, núm. 17, enero de 1954, pág. 150.

<sup>30</sup> Guerrero, E.: “Eficacia educativa del bachillerato universitario actual”, citado en *Revista de Educación*, núm. 4, septiembre-octubre de 1952, pág. 89.

<sup>31</sup> Hermet, Guy: *Los católicos en la España franquista...*, op. cit., vol. 2, págs. 229-230; Tusell, Javier: *Franco y los católicos*, op. cit., págs. 299-308.

<sup>32</sup> Decreto de 7 de septiembre de 1951, regulando la forma de nombrar tribunales para las oposiciones a cátedras de universidad (*Colección legislativa de educación*, 191/1951).

<sup>33</sup> Decretos de 11 de enero de 1952 y 26 de marzo de 1954 y sucesivas órdenes ministeriales.

<sup>34</sup> Ridruejo, Dionisio: *Entre literatura y política*, Madrid, Seminarios y Ediciones, 1973, págs. 15-38.

<sup>35</sup> Véase Nieto, Alejandro: *La tribu universitaria. Fenomenología de los catedráticos de la Universidad española*, Madrid, Taurus, 1984, págs. 76-78.

<sup>36</sup> Laín Entralgo, Pedro: *Descargo de conciencia*, op. cit., pág. 397.

<sup>37</sup> ABC, 28 de junio de 1953.

<sup>38</sup> Decreto de 11 de agosto de 1953, por el que se establecen los planes de estudio de las facultades universitarias. *Colección*, op. cit., 210/1953.

<sup>39</sup> Decretos de 6 de noviembre de 1953, por los que se concede a las universidades de Salamanca y Barcelona la potestad de conferir el grado de doctor; Decreto de 25 de junio de 1954, por el que se regula el procedimiento de conferir el grado de doctor en todas las universidades españolas. *Colección*, op. cit., 279/1953 y 280/1953 y 203/1954.



años, el panorama de la investigación de la universidad española<sup>40</sup>. Por cuanto se refiere a la *política de personal*, las novedades que se introdujeron entre 1953 y 1956 fueron tres. En primer lugar, hubo una tímida política de reincorporación de depurados que en la universidad fue más simbólica que efectiva, aunque sus efectos están por rastrear<sup>41</sup>. Estos gestos no evitaron las denuncias de los celantes de la dictadura, que llegaron a enviar notas anónimas al Pardo acusando al equipo ministerial de pervertir la universidad con “peligrosos institucionistas”<sup>42</sup>. En segundo lugar, se incentivó la dedicación de los catedráticos a la universidad con una gratificación complementaria si se acogían al régimen de servicios universitarios especiales<sup>43</sup>. Es decir, se trataba de fomentar la dedicación a la universidad de un cuerpo de funcionarios que, en muchos casos, compatibilizaba la universidad con otros trabajos, bufetes, consultas e incluso plazas de funcionario en otro cuerpo. Pero esta estrategia tardaría muchos años en cubrir etapas...<sup>44</sup> En tercer lugar, se diseñó en 1955 un *proyecto* (de ahí no pasó) para resolver el problema de los adjuntos y crear una categoría de profesores intermedios, un “cuerpo de profesores agregados permanentes”<sup>45</sup>. La caída de Ruiz-Giménez impidió que cuajara la iniciativa. El siguiente ministro decidió aparcar esta reforma<sup>46</sup>. En fin, la gestión de Ruiz-Giménez también tuvo su agujero negro: el reglamento de disciplina académica de 1954, que, con pocos retoques, fue usado por los siguientes ministros para reprimir el movimiento estudiantil, que estalló precisamente en 1956. Nos interesa atender este aspecto.

#### 4. Las “inquietudes” de la generación del 56

En la protesta universitaria antifranquista se pueden distinguir dos épocas muy distintas, separadas por los acontecimientos de 1956<sup>47</sup>. La diferencia radica en el carácter *más social* que tuvo la segunda. Durante los años cuarenta y los primeros cincuenta, en las universidades, especialmente en las grandes —Madrid y Barcelona—, nunca faltaron pequeños grupos de oposición clandestinos que tenían alguna actividad, aunque de escasa incidencia en los demás compañeros. La película de Fernando Colomo, *Los años bárbaros* (1998), puede servir para visualizar a uno de estos grupos desarrollando alguna acción, pero también evidencia la soledad, el aislamiento y el poco eco que tenían las reivindicaciones de los escolares que demandaban libertades en sus compañeros. Sin embargo, diez años después (1956, 1957), unos pocos estudiantes activistas de Madrid o Barcelona, cuando redactaban manifiestos o convocaban asambleas, conseguían seguidores.

¿Qué había cambiado? Hubo factores políticos y factores sociales. Los *factores políticos* remiten a la historia interna de la oposición a la dictadura. Desde el final de la guerra existían núcleos de resistencia clandestinos que siguieron combatiendo en los años más duros en todos los frentes, incluida la universidad. Esta historia de resistencia empecinada mantuvo viva, pese a la indecible represión, una cultura política antifranquista que no había que inventar *ex novo* en 1956, porque existía al menos desde 1939. Lo que era menester, veinte años después de la guerra, era adaptarla al nuevo contexto, a la nueva coyuntura. La dictadura se había consolidado y hasta había firmado en 1953 unos acuerdos con los Estados Unidos que la garantizaban. La estrategia opositora antifranquista de los años cuarenta y principios de los cincuenta requería adaptarse a un nuevo contexto.

Y esta fue la novedad tanto en la universidad como en las fábricas. La oposición, al mediar los años cincuenta, mudó de estrategias. En sus organizaciones retrocedió el peso de los dirigentes del exilio, cada vez más mayores y más distanciados de lo que sucedía en España, y aumentó el peso de los militantes del interior, menos atados a viejas disputas (casadistas/negrinistas) y más vinculados a los problemas de la vida

<sup>40</sup> Lacomba, Marc Baldó: “Centralització i descentralització del grau de doctor (1845-1954)”, *Saitabi*, núms. 51-52, 2002, págs. 433-454.

<sup>41</sup> Decreto de 5 de marzo de 1954, sobre recuperación de destinos de funcionarios sancionados, *Colección, op. cit.*, 84/1954. Estas reincorporaciones no eran nuevas. La de Ortega y Gasset, de 1939, es conocida por los estudios de Gregorio Morán (*El maestro en el erial, op. cit.*, págs. 19-156).

<sup>42</sup> Tusell, Javier: *Franco y los católicos, op. cit.*, págs. 370-371.

<sup>43</sup> Orden ministerial de 7 de mayo de 1955.

<sup>44</sup> Baldó, Marc: “Las universidades durante la República y el régimen de Franco”, *op. cit.*

<sup>45</sup> Orden ministerial de 9 de septiembre de 1955.

<sup>46</sup> Orden ministerial de 12 de mayo de 1956.

<sup>47</sup> Sobre la oposición a la dictadura y el movimiento estudiantil, Nicolás, Encarna y Alted, Alicia: *Disidencias en el franquismo (1939-1975)*, Murcia, DM, 1999; Farga, Manuel Juan: *Universidad y democracia en España (30 años de lucha estudiantil)*, México, Era, 1969; Lizcano, Pablo: *La generación del 56. La Universidad contra Franco*, Barcelona, Grijalbo, 1981; Carreras Ares, Juan José y Ruiz Carnicer, Miguel Ángel (eds.): *La universidad española bajo el régimen de Franco (1939-1975)*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1991; Jáuregui, Fernando y Vega, Pedro: *Crónica del antifranquismo*, 3 vols., Barcelona, Argos-Vergara, 1983-85; Mancebo, M<sup>a</sup> Fernanda: “La consolidación del movimiento estudiantil” (1920-1947)”, *Saitabi*, núm. 49, 1999, págs. 93-123; Ruiz Carnicer, Miguel Ángel: “Los estudiantes de la universidad de Valencia en el franquismo (1939-65). Del encuadramiento político a la agitación social”, *Saitabi*, núm. 49, 1999, págs. 125-153; Baldó Lacomba, Marc: “Els alumnes”, *Història de la Universitat de València*, vol. 3, págs. 261-274; Baldó Lacomba, Marc: “Movimiento estudiantil y oposición al franquismo en los años sesenta”, en Chust, Manuel y Broseta, Salvador (eds.): *La pluma y el yunque. El socialismo en la historia valenciana*, Universitat de València, 2003, págs. 127-152.

cotidiana. Los grupos clandestinos de esta *nueva oposición* (así se la llama a veces) se acostumbraron a colaborar entre sí pese a las diferencias ideológicas que entre ellos había, y aprendieron a no rasgarse las vestiduras si se daba la oportunidad de aprovechar las grietas de la dictadura, ya fuese votando delegados y consejeros de curso en las aulas o enlaces sindicales en las fábricas.

En los medios universitarios, a medida que avanzaba la década de los cincuenta, fueron creciendo como hongos pequeños grupos de estudiantes que se politizaban. Sus protagonistas pertenecían a una nueva oleada de alumnos que no habían vivido la guerra o fueron niños en ella. Lizcano se ha referido a ellos como la *generación del 56*: “Nació en los albores de la posguerra española, se educó en el período más duro de la consolidación del franquismo y protagonizó en su madurez la transición del Régimen hacia la democracia formal”<sup>48</sup>.

A estos estudiantes, con veinte años al mediar la década, les hastiaba la gris universidad de la posguerra y la losa de plomo de la dictadura. Uno de ellos, Raúl Morodo, cuenta que, siendo alumno en Salamanca, quiso leer a Voltaire, “y un cura que había allí de bibliotecario me dijo que estaba prohibido”<sup>49</sup>. En la universidad española, añadía, “ni el marxismo, ni el liberalismo, ni el existencialismo tienen vigencia”<sup>50</sup>. Lo que tenía vigencia era santo Tomás y otras esencias: actos patrióticos, rezos, años santos, años marianos, años del Papa... “Espiritualmente, la sordidez es infinita: el joven no tiene donde elegir, salvo que elija entre lo impuesto y lo prohibido”, decía Ridruejo<sup>51</sup>.

Fuesen hijos de *vencedores* o *vencidos*, a estos veinteañeros de la segunda mitad de los cincuenta, les aburría el fundamentalismo reinante, el vacío griterío nacional-sindicalista, el inquisitorial nacionalcatolicismo. Los más audaces entroncaron con núcleos de la oposición clandestina de las ciudades donde radicaba la universidad, como el Partido Comunista o el Partido Socialista Unificado de Cataluña (PSUC)<sup>52</sup>, crearon grupos nuevos como la Agrupación Socialista Universitaria (ASU)<sup>53</sup> o el Frente de Liberación Popular (FLP)<sup>54</sup>, conectaron con católicos progresistas, con nacionalistas... Y empezaron a actuar, a proponer certámenes literarios, conferencias, cine-forum, representaciones teatrales, contactos con el mundo laboral a través del SUT... En definitiva, a interesarse por las corrientes de pensamiento que la universidad franquista dejaba fuera (que eran todas menos la propia). Para estas propuestas contaron con la connivencia educadora de los *comprensivos*, hombres que, como Laín, eran pacientes y tolerantes con estos *muchachos de buena fe*, y a su vez leales con los fundamentos de un régimen cuyas ventanas querían abrir.

Pero, lógicamente, las actividades de los pequeños grupos de militantes clandestinos y sus plataformas, aunque necesarias, no son suficientes para explicar el reverdecer *social* y *participativo* del movimiento estudiantil que estalló en 1956-57. Si el pequeño grupo de *muchachos de buena fe* redacta un manifiesto, hay que explicar por qué lo firman 3.000 compañeros, y si el pequeño grupo de organizados convoca una asamblea en el paraninfo, hay que explicar por qué el recinto se llena. Nos interesan, pues, los *factores sociales*: las razones por las que centenares de estudiantes empezaron a dar su apoyo a los actos culturales, los manifiestos, las asambleas y demás propuestas que planteaban los grupos organizados.

El fenómeno fue vislumbrado en 1955 por el rector de Madrid, Laín Entralgo, quien preparó un informe sobre la *situación espiritual de la juventud española*<sup>55</sup>. Distinguía entre una *masa* estudiantil políticamente *inocua* y preocupada por las salidas profesionales y la diversión, y una *minoría* políticamente *activa*, *operante* y con *inquietudes* de todo tipo: políticas, sociales y religiosas. Las inquietudes políticas, por ejemplo, consistían en una *viva desazón por el futuro de España* y comportaban una *crítica acuciosa* al Estado, juzgado por los jóvenes como *incapaz de resolver con justicia y eficacia los problemas de la vida española*. El meandro retórico del que se

<sup>48</sup> Lizcano, Pablo, *op. cit.*, pág. 9.

<sup>49</sup> Entrevista a Raúl Morodo recogida en Vilar, Sergio: *Protagonistas de la España democrática. La oposición a la dictadura 1939-1969*, París, Ediciones Sociales, 1968, pág. 140.

<sup>50</sup> *Ibidem*.

<sup>51</sup> Ridruejo, Dionisio: “Declaración personal e informe polémico sobre los sucesos universitarios de Madrid en febrero de 1956 (Dirigido a los miembros de la Junta política de FET y de las JONS sobre aquellos sucesos)”, en Mesa, Roberto (ed.): *Jaraneros y Alborotadores. Documentos sobre los sucesos estudiantiles de febrero de 1956 en la Universidad Complutense de Madrid*, Madrid, Universidad Complutense, 1982, pág. 296.

<sup>52</sup> Morán, Gregorio: *Miseria y grandeza del PCE, 1939-1985*, Barcelona, Planeta, 1986; Estruch, José: *Historia oculta del PCE*, Madrid, Temas de Hoy, 2000; Solé Tura, Jordi: *Una historia optimista*, Barcelona, Planeta, 1999; Lizcano, Pablo, *op. cit.*, págs. 169-173.

<sup>53</sup> Juliá, Santos: *Los socialistas en la política española*, Madrid, Taurus, 1996; Martín Ramos, José Luis: *Historia del socialismo español* (dirigida por Tuñón de Lara), vol. 4: 1939-1977, Barcelona, 1997; Martínez Cobo, Carlos y José: *La travesía del desierto. Intrahistoria del PSOE (1954-1970)*, Madrid, Pablo Iglesias, 1995; Mateos, Abdón: *Organizaciones socialistas, culturas políticas y movimientos sociales*, Madrid, UNED, 1997; Lizcano, Pablo, *op. cit.*, págs. 174-199.

<sup>54</sup> García Rico, Eduardo: *Queríamos la revolución. Crónicas del FELIPE (Frente de Liberación Popular)*, Barcelona, Flor de Viento, 1998; Garí, M.: “El ‘Felipe’: una historia por escribir”, en Roca, José Manuel (ed.): *El proyecto radical. Auge y declive de la izquierda revolucionaria en España*, Madrid, Libros de La Catarata, 1994; Lizcano, Pablo, *op. cit.*, págs. 200-214 y 235-248.

<sup>55</sup> “Informe de don Pedro Laín Entralgo respecto a la situación espiritual de la juventud española”, Madrid, 1955, reproducido en Mesa, Roberto, *op. cit.*, págs. 45-53. Parcialmente también se reproduce y comenta en Laín, Pedro: *Descargo de conciencia*, *op. cit.*, págs. 414-418.

sirve el rector no oculta que la *viva desazón* y la *crítica acuciosa* era, más que inquietud, disconformidad.

Pero lo más inquietante del informe del rector, y lo que en cierto modo viene a responder nuestra pregunta, era que los estudiantes “inocuos” estaban, dice Laín, *espiritualmente disponibles* a las *incitaciones sugestivas* que les lanzaba la minoría de “inquietos”: se interesaban, por ejemplo, por la *participación real* en la vida pública (es decir —si se nos permite traducir el eufemismo—, eran partidarios de la democracia). O sea, que si la minoría *activa y operante* redactaba un manifiesto, “la masa” estudiantil aportaba 3.000 firmas; si la minoría convocaba asamblea, “la masa” llenaba el paraninfo... No eran, pues, tan “inocuos”. Algunas encuestas que se hicieron por entonces muestran, con datos, que el estudiante medio no era un joven anodino <sup>56</sup>.

Dionisio Ridruejo apuntó que *las minorías inquietas y discrepantes* encontraron el terreno abonado en el medio universitario por la *mayor dinamicidad* (también *ideológica*) que se produjo en las capas medias de las que provenía gran parte del estudiantado <sup>57</sup>. Manuel Sacristán, un destacado pensador marxista, también diagnosticó en términos parecidos: la raíz del movimiento universitario de 1956 se debía al “progresivo desarraigo de las capas medias españolas”, que repercutía especialmente en los jóvenes —y por ende en los estudiantes— y los disponía a “admitir ideas y conocimientos que no son favorables y hasta pueden ser contrarios a los intereses de la clase social de la que proceden” <sup>58</sup>.

Sean ciertos o no estos “desarraigos” o estas “dinamicidades ideológicas” de las capas medias, lo que salta a la vista es que aquellos veinteañeros, aquella nueva generación (o muchos de ellos), ya no conectaba ni poco ni mucho con el régimen y sus esencias. El impulso de la nueva generación, la del 56, la de quienes fueron niños durante la guerra, y pronto ni eso, se fundía con el antifranquismo. Aunque Joaquín Leguina estudió unos años después, su testimonio es válido para los años que aquí nos conciernen:

“No queríamos a Franco ni todo lo que éste representaba. Franco, para decirlo corto y claro, nos torció la niñez y nos jodió la juventud. Nos estaba quemando la vida a fuego lento... Si alguien llamaba a nuestra puerta a las cuatro de la madrugada, no era el lechero. Te podían destruir la profesión, la vida, a su gusto. Y no son batallitas de viejo combatiente, es simplemente la verdad” <sup>59</sup>.

Raimon —valga para finalizar— al empezar la década siguiente, puso letra y música a “las inquietudes” de aquellos jóvenes, universitarios o no, militantes de partidos clandestinos o no, que querían vivir *al vent del món*.

\*

<sup>56</sup> En 1955, José Luis Pinillos hizo una encuesta a 300 universitarios de Madrid y resultó que el 60 por 100 esperaban un *cambio político* que posibilitase una *acción de grupo* (supongo que esto querrá decir un cambio político democrático). En 1958 se hizo otra a estudiantes de Valencia, y el 77 por 100 eran partidarios de participar en elecciones para cargos representativos. Véase, Pinillos, José Luis: “Las actitudes sociales en la Universidad de Madrid, 1955. Avance del estudio”, recogido en Mesa, Roberto, *op. cit.*, págs. 58-64, y Murillo Ferrol, F. y Jiménez Blanco, J.: *La conciencia de grupo en los escolares de la Universidad de Valencia*, Madrid, CSIC, 1958, pág. 44.

<sup>57</sup> Ridruejo, Dionisio “Declaración personal e informe polémico...”, *op. cit.*, págs. 278-308, y en Ridruejo, Dionisio: *Escrito en España*, Losada, Buenos Aires, 1962, págs. 212-220.

<sup>58</sup> Véase la entrevista a Sacristán que recoge Sergio Vilar, *op. cit.*, pág. 269.

<sup>59</sup> Leguina, Joaquín: “Prólogo: los años de hierro”, en García Rico, Eduardo: *Queríamos la revolución*, *op. cit.*, pág. IV.

# **POR UN CINE DE LO REAL**

**Cincuenta años después de las Conversaciones de Salamanca**

Coordinado por Jorge Nieto Ferrando y Juan Miguel Company Ramón

**IVAC** La Filmoteca  
INSTITUT VALENCIÀ DE CINEMATOGRAFIA RICARDO MUÑOZ SUAY

 **GENERALITAT VALENCIANA**  
CONSELLERIA DE CULTURA EDUCACIÓ I ESPORT

NIETO FERRANDO, Jorge y COMPANY RAMÓN, Juan Miguel

Por un cine de lo real. 50 años después de las "Conversaciones de Salamanca" / Jorge Nieto Ferrando y Juan Miguel Company Ramón, Coords.

1ª ed. -- Valencia: Ediciones de la Filmoteca. Instituto Valenciano de Cinematografía Ricardo Muñoz Suay, 2006.

450 pp.: il. 30 cm -- (Documentos, nº 12)

I.S.B.N.: 84-482-4307-2

1. Cinematografía

1. Título

©	de los autores
© De esta edición	Instituto Valenciano de Cinematografía Ricardo Muñoz Suay
Edita	Ediciones de la Filmoteca
Diseño de portada	Quinto A Estudio Gráfico
Fotografía de portada	Plano rodado y descartado del montaje final por imposición de la censura, de la película <i>Muerte de un ciclista</i> (Juan Antonio Bardem, 1955)
Fotografías	Instituto Valenciano de Cinematografía Ricardo Muñoz Suay
I.S.B.N.	84-482-4307-2
Depósito Legal	V-1490-2006
Impresión	Temps Impresores, S.L.
Impreso en España	Abril de 2006

# INDICE

<i>Prólogo.</i> Ismael Saz Campos.....	9
<i>Introducción.</i> Joaquín de Prada, Jorge Nieto y Juan M. Company.....	11
<b>TEXTOS</b>	
<i>Excluyentes y comprensivos. La política universitaria de Ruiz-Giménez, 1951-1956</i> Marc Baldó Lacomba .....	25
<i>Amor, fe y aventura. El cine y el SEU antes de Salamanca</i> Miguel Ángel Ruiz Carnicer .....	37
<i>Del Neorrealismo y el cine español</i> José Enrique Monterde .....	51
<i>El cielo abierto. Ricardo Muñoz Suay y la estrategia del PCE</i> Esteve Riambau .....	61
<i>Habitar "ese cuerpo deshabitado" o inquilinos para el cine español (relecturas sobre regeneracionismo[s] y disidencia[s] con las Conversaciones de Salamanca como fondo)</i> José Luis Castro de Paz .....	69
<i>Aquel "Mayo del 55" en Salamanca</i> Ignacio Francia .....	81
<i>Avatares del cine documental español durante los años 50</i> Rafael R. Tranche .....	91
<i>Además de las palabras. Las películas proyectadas durante las Conversaciones de Salamanca</i> Juan Francisco Cerón Gómez .....	99
<i>Cineclubs y cinefilia: afinidades electivas</i> Manuel Palacio .....	109
<i>Mudos y parlanchines. Los autores españoles en torno al medio siglo y el Congreso Universitario de Escritores Jóvenes</i> Luis Miguel Fernández .....	119
<i>La declinación del realismo. El cine español en la estela de Salamanca</i> Santos Zunzunegui .....	129
<i>Conversaciones de Salamanca: Repercusiones en la política y la industria cinematográfica</i> Juan Antonio Martínez-Bretón .....	141
<i>Salamanca, de cerca y de lejos</i> Román Gubern .....	165

## DOCUMENTOS

<i>Lejos de la guerra. Manifiestos generacionales</i> .....	179
<i>De la inspiración realista a los llamamientos</i> .....	205
<i>Salamanca</i> .....	291
<i>El "espíritu" de unas conversaciones</i> .....	339

## ANEXO

<i>Legislación</i> .....	421
<i>Fichas de los autores</i> .....	435
<i>Fuentes</i> .....	439